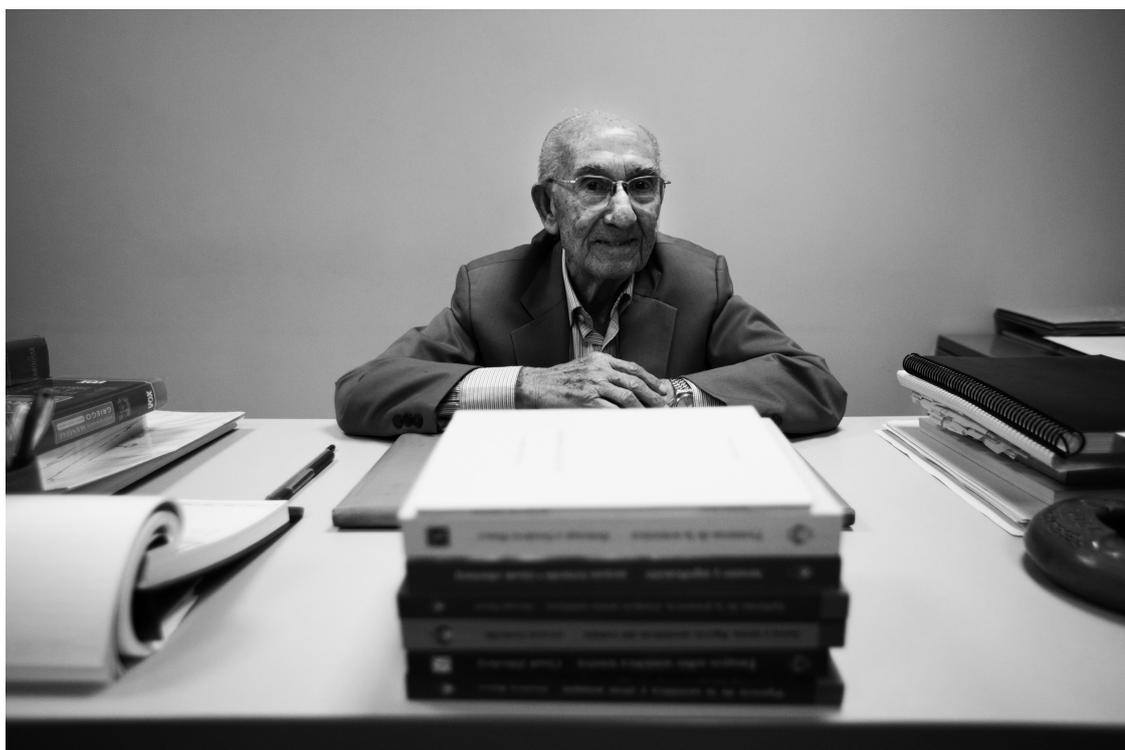


Desiderio Blanco

Un notable de nuestra casa

“Yo soy yo y mis circunstancias”

César Ricardo Nieri



Podríamos limitarnos a enumerar la vida de Desiderio Blanco, decir que nació en España en 1929 y llegó al Perú, que él creía “el culo del mundo”, en 1959. Aquí se quedó, atado en un primer momento por su deber eclesiástico, el mismo que le llevó a dedicarse a la docencia y la investigación. Luego, sin embargo, cambiaría de amarras aunque no de vocación, porque esta siempre estuvo relacionada con el estudio, el aprendizaje, la literatura y el lenguaje. Después se sumarían el cine, que lo llevó a desenvolverse como profesor en la Universidad de Lima, y la semiótica, disciplina que introdujo en sus múltiples variantes (cinematográfica, literaria y comunicacional) en nuestro país. El segundo arraigo vino por el amor y ya no por la imposición, porque si bien ya empezaba a decepcionarse de la vida religiosa, Evelyne, quien se convirtió en su esposa, fue el catalizador para abandonar el sacerdocio. Hoy es agnóstico. Podríamos decir también que ha publicado varios libros, los que se han convertido en un aporte fundamental al acervo intelectual de nuestro país, como *Metodología del*

análisis semiótico (junto con Raúl Bueno), Imagen por imagen, Claves semióticas: Comunicación/significación y Semiótica del texto fílmico. Pero no deberíamos omitir que en el 2006 publicó un poemario en el que él, un exsacerdote, confiesa que la salvación del alma está donde menos lo cree la Iglesia: en el cuerpo, en esa carne que le habían enseñado a flagelar. Podríamos decir todo eso y no sería suficiente, porque una vida como la que ha tenido Desiderio Blanco debe ser contada por uno mismo. Nadie mejor que él para explicarnos cómo las circunstancias, si las dejamos, van esculpiendo nuestras vidas hasta dar forma a un complejo argumento que podría, bajo la dirección adecuada, convertirse en la mejor película.

A los catorce años salió de su pueblo y se fue con los padres agustinos. ¿Por qué tomó la decisión y qué pensó al respecto?

Complicada la respuesta. ¿Qué puede pensar un chico de entre trece y catorce años? Y eso que yo era de los más viejos, sino el más viejo, al llegar allá. Pues pensaba muy poco, era una situación rara. Nos hallábamos en la posguerra civil española, entonces uno buscaba cómo salir de ese contexto de restricciones y poder estudiar, ya que mi familia no podía pagarme la universidad en una ciudad y menos en Madrid; yo soy del campo. Así que una posibilidad era esa, porque el costo era prácticamente ninguno; al comienzo un poco pero después se iba diluyendo hasta quedar en nada. Esa era la motivación de la llamada vocación, yo quería estudiar.

La vida religiosa ofrece la oportunidad de acceder a varios tipos de conocimiento, ¿cuáles fueron sus áreas de interés?

En el primer tramo, que era la secundaria en realidad, lo que llamaban dentro de la carrera eclesiástica "humanidades clásicas", era básicamente latín y muy intenso. Dos horas de latín todos los días y la primera clase, muy de mañana. Por supuesto también una lengua extranjera y el español con buena formación. La lengua extranjera era el francés porque entonces el inglés no tenía tanta acogida como ahora, menos en España con el rechazo constante a la Rubia Albión por el peñón de Gibraltar; esa animadversión continúa todavía, como debes haber visto últimamente por los periódicos. Así que fue el francés, que es la lengua de la que traduzco mucho, aunque la hablo mal; porque los españoles somos muy torpes para los idiomas, la pronun-



ciación española es muy tajante. Lo escribo mejor de lo que lo hablo y leyendo no tengo dificultades, solo algunos modismos como los tiene toda lengua y en esos casos recorro al diccionario. Dentro de mi formación también estuvieron las matemáticas, la física y la química, materias en las que obtenía mis mejores notas. No en la química de los elementos, que es muy memorística, sino en la química orgánica, por ser más deductiva.

¿Cómo con esas inclinaciones se dedica al lenguaje?

Un cura me dio a leer un libro de Azorín, *Las confesiones de un pequeño filósofo*, y algo de Ortega. Eso me cambió totalmente el gusto; me encantó, me abrió los ojos a una nueva forma de ver las cosas. Manejo del idioma en Ortega, sobre todo para filosofía y retórica. Él tiene una forma de presentar las ideas como en una puesta en escena que hace que estas se muevan; metafórica las nociones filosóficas. Hace casi filosofía poética. Así que por ahí entré en la filosofía y la literatura, que son los dos campos que he cultivado. Por eso me gusta la semiótica, porque también tiene modelos analíticos; es una especie de visión algorítmica mas no de fórmulas.

¿Sintió que sus lecturas y aprendizajes eran libres o estaban censurados?

No podías leer lo que quisieras, por supuesto. Tuve que hacer malabares, incluso en el noviciado, para engañar al que daba el visto bueno para los libros que pedías a la biblioteca; me aprovechaba porque no era muy leído. No grandes obras literarias, sino lo que yo podía encontrar allí en la biblioteca, que era y sigue siendo buena, con incunables y todo. Pero estaba con llave, había todavía índice de libros prohibidos; ni Kant siquiera, ni Spinoza podías leer. Recuerdo que estudiábamos muy bien la historia de la

literatura, aunque sin leer los libros, solo con ciertos resúmenes. Estaba entonces de moda la Generación del 98, a finales del siglo XIX. Palacio Valdés era uno de los autores más reconocidos y el superior me daba el visto bueno para leer *Los papeles del doctor Angélico*, porque para él el doctor Angélico era Santo Tomás de Aquino. Una novela de Concha Espina, que también tenía mucho crédito en ese momento, se titulaba *Dulce nombre*, pero yo ponía entre paréntesis "de María", así que pensaban que se trataba de una lectura piadosa. También Ricardo León, con *El amor de los amores*, aunque allí no hacía falta ocultar nada por el título. De esa forma iba cultivando mi gusto en el momento, con lo que

podía. Ya después, de sacerdote, sí se podía leer más, excepto los libros prohibidos, los que estaban en el Índice.

¿Pero alguna vez llegó a leer los libros prohibidos?

Cuando llegué al Perú hice carrera en San Marcos. Le dije a mi superior: "Mire, padre, a nosotros nos han enseñado a predicar, a decir misa, a confesar, a hacer catequesis pero no nos han enseñado a enseñar y si, por lo que veo, voy a estar dedicado toda mi vida a enseñar, yo quisiera prepararme, hacer carrera de pedagogía". Entonces me iba todos los días a las siete de la mañana al Parque Universitario, porque todavía no existía la



ciudad universitaria. Ahí pedí permiso a la Congregación de la Santa Fe para leer libros prohibidos, por razón de la carrera. Tenía que leer a Kant, a Hegel, que estaban incluidos en el índice. Me dieron el permiso, exceptuando los libros eróticos, que no tenían nada que ver con mi carrera.

¿Esas lecturas le generaban dudas?

Claro que sí, y después del Concilio Vaticano II más, porque ahí se suprimió el índice y ya se podía leer cualquier cosa.

Leí en una entrevista que cuando le dijeron que vendría al Perú usted pensó que lo mandaban al culo del mundo. ¿Por qué hizo del culo del mundo su casa?

Es que no resultó lo que yo pensaba. En ese entonces yo hubiera preferido que me destinaran a Colombia o a Venezuela, o a Filipinas; ipero qué diferencia de tradición cultural con Colombia, que antes de la Conquista no tiene nada! ¿Qué tiene Colombia de cultura precolombina? Nada, cuatro cosas. Venezuela menos. Aquí, en cambio, hay toda una tradición cultural que me ha llenado; eso sin estudiar el quechua, que no me dio por ahí tampoco. Pero está latente en lo que se vive, una riqueza enorme. Así que al final he agradecido que me hubieran enviado aquí. Siempre pensé que, a raíz de una carrera eclesiástica brillante en filosofía, teología y en humanidades, me mandarían a Roma para hacer un doctorado en teología o en filosofía, pero no. Para acá, felizmente. A donde además pude

traer la innovación de la crítica especializada de cine, e introducir la semiótica.

¿Cómo se aborda actualmente la educación? ¿Qué reformas deberían hacerse?

La docencia creo que tiene nivel, lo que falla es la administración. En San Marcos, por ejemplo, donde es un caos, pides un certificado de estudios y ya puedes esperar seis meses. Pero, como te decía, el nivel académico es muy bueno en San Marcos, sobre todo en posgrado. Mira, para la docencia no hay recetas finalmente, son pequeñas técnicas. Yo me he preguntado qué aprendí en San Marcos en educación y siempre digo: a borrar la pizarra. Todo lo que me decían ya lo sabía, así que no creo que se pueda enseñar mucho para ser docente; se trata más bien de una intuición personal. Enseñar es un arte.

¿Qué opina de la proliferación de universidades privadas?

Si las clásicas tienen problemas, imagínate las nuevas. Lo que falla en las universidades es la investigación en general. Las privadas no pueden hacer investigación, ¿con qué recursos? Tendrían que duplicar las pensiones. Me refiero a investigación dura, en matemáticas, física, bioquímica; solo la Cayetano Heredia lo hace y con ayuda de fundaciones. Pero ni el Estado ni las empresas apoyan eso aquí. En Brasil, por ejemplo, tanto las empresas privadas como las estatales ayudan a la investigación con fuertes recursos. Investigar es caro, hay que tener buenos laboratorios,

que cuestan mucho, y renovarlos permanentemente, lo que también cuesta. ¿Quién paga eso? El estudiante no puede, porque ya está bien que pague su carrera profesional, que no es poco.

¿Cuál es la diferencia entre la educación escolar y la universitaria?

La diferencia entre la etapa escolar y la universitaria es que la primera es formativa: se forma el espíritu, la mente y el carácter; en resumen, se forma al hombre. La etapa universitaria es instructiva, de enseñanza y más de modelos y métodos para estudiar, modos de trabajo. Siempre he dicho que la universidad al final no enseña nada, solo una cosa: criterios para seleccionar fuentes, para seleccionar un tema, para resolver problemas nue-

vos, criterios, puntos de vista. Los datos no permanecen, el criterio sí. Recuerdo que en el discurso que pronuncié cuando me nombraron profesor emérito dije que en la secundaria es donde el alumno encuentra las más radicales y básicas relaciones de amistad con sus compañeros, las que duran para siempre. En la universidad no, porque ya no hay promoción; cada uno se matricula en lo que quiere o puede y va por su lado, hay poco tiempo para encontrarse. No hay esa convivencia, durante casi doce años, como ocurre en el colegio, en los años más tiernos.

¿Considera vital el papel de la lectura en la educación?

El papel de la lectura es fundamental, pero ya no se lee; solamente por obligación o bajo control, pero eso no vale porque tampoco



forma. Lo que se hace a la fuerza no queda, no deja nada; tiene que ser por estímulo del gusto de la lectura. Comenzando por la literatura y por las obras más sencillas, no empezar a enseñar con *Don Quijote* porque luego no entienden nada. Hay relatos muy buenos, ricos y fáciles de leer. En un principio los modernos, que se pueden entender porque se conoce el contexto; ya luego, los clásicos. Internet está transformando la lectura y ahora se practica una mala lectura, los estudiantes no saben aprovechar esta herramienta. Ves un trabajo ensamblado con información que copian de la red, y lo peor es que ni siquiera saben arreglarlo de tal forma que se conecten los elementos entre sí, o para que no sea tan obvio que lo han copiado. Ni siquiera tienen ingenio.

La Universidad de Lima ha cumplido cincuenta años y usted fue uno de los rectores. ¿Qué recuerdos tiene de aquella etapa?

Sinceramente soy de pocos recuerdos y menos de anécdotas, para mí todo corre suavemente, discurre. Comenzando por lo del rectorado, debo admitir que nunca me ha gustado la administración y siempre me ha perseguido; prácticamente desde que llegué a la Universidad en 1967. Comencé en la Escuela Superior de Cine y Televisión, antes de que naciera la Facultad de Comunicación. Al año siguiente se produce el golpe de Velasco y se promulga una nueva ley universitaria, que impide que en el consejo universitario, en la asamblea universitaria y en todos los órganos de gobierno colegiados

haya parientes inmediatos, cercanos, del rector y el vicerrector. En ese entonces el rector era el doctor Antonio Pinilla; y su hermano, Paco Pinilla, junto a su mujer, Rafaela, habían fundado y dirigían la Escuela Superior de Cine y Televisión. ¿Así que a quién poner como director de la Escuela? A Desiderio, que hacía crítica de cine y había hecho con ellos un curso siendo aún sacerdote, en el Centro Cultural "Entre Nous".

Cuéntenos el camino que recorrió hasta el rectorado

El primero de mis trabajos, ya devuelto al estado laico, fue en la Universidad de Cajamarca. Luego, un buen día veo en el periódico que se abre la Escuela de Cine y Televisión en la Universidad de Lima. Yo había ganado en San Marcos, por concurso, la cátedra de Literatura Latina. Así que me dije: "este es mi sitio", "escuela de cine, vamos para allá, y a ver qué pasa". A pesar de que ya habían comenzado las clases los Pinilla me propusieron, para que me fuera vinculando con la Escuela y con la Universidad, que dirigiera el cine club interno que iban a crear para los estudiantes, como un equivalente de la biblioteca para los de literatura; tienen que ver cine. Así empecé, y al año siguiente ya me dieron cursos. Me nombraron director de ese programa, que pasó de Escuela a Programa Académico de carrera corta. Después fui director universitario de Bienestar, director universitario de Evaluación Pedagógica y de todo; casi siempre dupleteando con la docencia. Luego vicerrector, y finalmente rector sin quererlo ni buscarlo, porque yo nunca hice

nada de política para buscar votos; a nadie le pedí nada. El rectorado, como te decía, es una labor administrativa que supone mucha responsabilidad pero no pude escribir ni una línea en los cinco años. De vicerrector sí aprovechaba para hacerlo. Como no tenía mucho entusiasmo por lo administrativo yo simplemente seguía la línea. La verdad no me interesa hablar mucho del rectorado porque no estoy muy orgulloso. De la docencia, de la investigación y de las publicaciones sí.

Entonces quizá preferiría hablarme del poemario que publicó

Claro que sí. Lo publicó la editorial de Fonchín, Alfonso Cisneros, en el 2006; nada más cien ejemplares, para regalar, no para venderlos. Así que no lo llevé a ninguna librería. Se titula *Oh dulces prendas*. Creo que es un poemario que tiene dignidad, con un buen trabajo del lenguaje. Son veinte poemas, diez de la parte ascética de mi vida, de mi época religiosa, y los otros diez de la época posterior, seglar. Los diez primeros los escribí entre 1950, más o menos, y 1955 o 1956, cuando vine al Perú. Esa primera parte lleva el subtítulo de "Ascética", mientras que la segunda se subtitula "Corporalia", relacionada con el descubrimiento del cuerpo femenino; bastante erótico pero muy sutil. En la primera parte también, si bien los temas son religiosos, todo está muy elaborado y no hay nada muy directo. Creo que hay que leerlo, porque la poesía no se puede explicar.

¿Cómo se desarrolla ese enfrentamiento entre la vida religiosa y la vida laica en el poemario?

En un libro de homenaje que me hicieron por los setenta años, dirigido por Óscar Quezada (el libro se titula *Fronteras de la semiótica. Homenaje a Desiderio Blanco*), el último trabajo es el de Raúl Bueno, quien habla del libro de poemas y hace una observación de la que yo no me había percatado. El primer poema se titula "Salmo penitencial", que expresa un poco la tortura del cuerpo, el cuerpo como pecado, como maldición. El último poema se titula "Oda corporal", que termina: "pero adoro tu cuerpo, cuerpo a cuerpo, / porque el cuerpo / es salvación del alma". Yo no me había dado cuenta de ese quiasmo hasta que me lo hizo ver Bueno. En poesía no se planifica sino que las cosas salen, es cuestión de fuerza, de borbotones; como en la física cuántica. Pero prestando atención, es verdad, el cuerpo primero es flagelado y al final es exaltado. El primer poema empieza con "Soy un novicio y tengo las manos tras-pasadas / de aromas de breviario y de inciensos azules".

Lo que es muy poético es que dejara el sacerdocio por el amor.

A partir del Concilio Vaticano II y las nuevas lecturas y todo eso empecé a no estar seguro de lo que predicaba, pero no tenía una razón para dejarlo tampoco. El impulso final fue el amor, indudablemente.